

exige olvidarse de ella. No hay forma de retratarla fielmente. ■ D. G.

"El monosabio"

En la larga tradición de películas "taurinas", o películas de toros, o películas con algún torero, es difícil descubrir alguna que se acerque a la llamada "fiesta nacional" con imaginación, con conocimiento y con una visión distanciada y crítica. Naturalmente hay títulos excelentes, pero no frecuentes. Un cierto triunfalismo ha invadido esas películas que no en vano pueden relacionarse con las "españoladas".

"El monosabio" tiene el valor de narrar una parte lateral a este triunfalismo del héroe de las cinco de la tarde, a la tragedia del toro que se va a morir o a la explotación del empresario, aspectos destacables en un cine anterior. El propio título de la película indica que no se va a hablar de las grandes figuras, sino de otras paralelas que sirven "la fiesta" desde puestos anónimos. Finalmente, el asunto va aún más allá. "El monosabio" narra el caso privado de uno de esos profesionales que sueñan con construir un nuevo y legendario torero, con convertirse en protagonista del tinglado (y hubiera sido fácil hacerle soñar con ser él mismo ese espléndido torero). El monosabio de esta película dirigida por el norteamericano Ray Rivas y con guión de Pedro Beltrán y José Luis Boráu, es un pobre hombre que va descubriendo en su peregrinaje los enredos ocultos de una fiesta menor, de un miserabilismo que no cuenta en

las versiones oficiales del torero. Lo que se plantea en la película, si bien puede ser típico de ese mundillo, es al tiempo válido para acercarse a otras miserias similares, a otros submundos o a otras impotencias.

El personaje interpretado (espléndidamente) por José Luis López Vázquez es, por encima de su vinculación a los toros, un hombre mediocre que sueña con poder romper la monotonía gris de sus días, que ambiciona una huida de esa realidad, una transformación, para lo que, naturalmente, no dispone de medios, para lo que nadie va finalmente a ayudarlo. Su mundo es de otros mediocres que ambicionan lo mismo, que utilizan igualmente la picaresca para sobrevivir. La panorámica de Ray Rivas es, aunque vista con sentido del humor, patética y cercana a toda una tradición española sobre esa picaresca, sobre ese miserabilismo. Cierto que "El monosabio" podría haber adquirido en ese sentido una mayor dureza. Pero se ha elegido una vía de cine cómico con ternura y cierto distanciamiento. El resultado es una película digna, curiosa y recomendable, que devuelve al cine español un toque "social", pero desgajado de aquellos lejanos "mensajes". El espectador debe descubrir por encima o por debajo de la anécdota la raíz de una realidad más compleja y más amarga. El esperpento que sólo se apunta en ocasiones, que nunca toma cuerpo, pero que flota en la película continuamente. Quizá porque "El monosabio" es una serie de apuntes, casi de antología de otras vertientes expresivas utilizadas en el cine. Una espléndida antología. ■ DIEGO GALAN.



"El monosabio", de Ray Rivas.

ADIOS A LAS LETRAS

Rocco y sus hermanos

El espectáculo de tres españoles subiendo de rodillas las escalinatas de un monumento italiano debía haber sido recogido por la retina del cine para convencer a los incrédulos de que, en efecto, el español se sigue arrodillando, lo que pasa que ahora ante otros símbolos.

Hace algunos años uno se arrodillaba a golpe de tambor. Ahora uno se arrodilla sólo en contadas ocasiones, o cuando se nos toca el tambor de hojalata. De resto, nos mantenemos erguidos y flacos, presas de la inflación y de la desconfianza.

Los españoles que se han arrodillado más recientemente no fueron los que acudieron a ver en Pekín el mausoleo de Mao Tse Tung, sino los que fueron a Venecia para asistir a la inauguración de la Bienal de este bienio.

Es difícil elegir un lugar donde arrodillarse en Venecia, porque si uno fuera a arrodillarse allí donde es preciso rendir homenaje a la historia y al arte de aquella ciudad italiana, acabaría con las rodillas llenas de recuerdos imborrables de tremenda postración.

Pero Santiago Amón, el crítico de arte; Antonio Bonet Correa, el historiador del arte, y Francesc Vicens, el director de la Fundación Joan Miró, eligieron muy bien. Se postraron y anduvieron así al menos los tres primeros peldaños de la Scuola de San Rocco, el palacio renacentista donde se guardan los mejores óleos de Tintoretto, que llenó ese bellísimo palacio de interpretaciones sabias de la Pasión de Jesucristo.

Arrodillarse no es tan fácil, ni física ni simbólicamente. Se arrodilla uno, ya digo, ante poquísimas cosas; ante un poema de Catulo, ante una ironía de Safo, ante una broma de Aristófanes. Pero ya luego se hace difícil arrodillarse ante la literatura, que con los años se desgasta y se llena de un millón de imposibilidades. Se arrodilla uno ante la frescura, pero no necesariamente se arrodilla ante las cataratas del Niágara ni ante cualquier otra maravilla del mundo.

Tintoretto merece que se pasee un pueblo entero con la rodilla en tierra, si es que así se contempla mejor su sabiduría, o si así se persiguen mejor los colores que quizá él pintara de rodillas. La reverencia de Amón, Bonet y Vicens le habrá parecido al genial artista un espectáculo que supera los restantes espectáculos que se producen estos días en Venecia con ocasión de la Bienal sobre la Naturaleza.

Ver de rodillas a tres españoles supera, sin duda, al propio espectáculo de unas pacas de paja que reciben el viento veneciano, mientras pasean libremente unos corderos aburridos que en realidad lo que quisieran ser es dibujos de Tintoretto o paseantes libres del monte más cercano.

Si la Bienal de Venecia ha querido ser un homenaje a la Naturaleza, no cabe duda de que la mejor aportación ha sido esta espontánea de los tres españoles, que han usado el símbolo más viejo de la naturaleza humana para rendir pleitesía a uno de los mejores exponentes de lo que Naturaleza es capaz de crear para ser imitada.

Se arrodilla uno ante el pasado. Estos últimos días ha habido en Madrid cientos de hispanistas de todo el mundo arrodillándose ante Miguel de Cervantes. Unos han visto en él al mejor creador de novelas policíacas. Otros se han referido a él como el precursor inigualado de las obras en las que James Bond es protagonista. "Don Quijote", decía el "ABC", que también es como un periódico, "cabalga de nuevo". Y el mundo lo ve cabalgar en miles de espectáculos y de figuras diferentes. Es como el famoso whisky que desde hace tantos años sigue tan campante. Miguel de Cervantes dejó de cabalgar sólo para simular que estaba cansado y que ya no podía ni arrodillarse. Hay otros quijotes que andan por esos mundos haciendo lo que él hubiera hecho. ■ SILVESTRE CODAC.